

La subordinación tiene rostro de mujer

Por Claudia Vázquez Haro

Alumna avanzada de la
Licenciatura en Comunicación
Social. FPYCS

Este ensayo intentará desarrollar cómo es que a lo largo de la historia, el discurso hegemónico ha invisibilizado sistemáticamente a la mujer, desde la literatura clásica hasta la contemporánea, situándola como *sujeta* de enunciación y acción.

Este discurso sienta sus bases en la conversión de determinadas características biológicas o físicas en atributos inherentes a la naturaleza humana. Así, las mujeres quedan definidas como lo débil, de menor capacidad intelectual, reducidas a la función reproductiva, relegadas al ámbito privado y a los quehaceres domésticos.

¿Por qué ser mujer debe ser definido en términos biológicos? ¿Por qué la identidad femenina tiene que estar ligada a la genitalidad?

El discurso patriarcal fundamenta la jerarquía entre los sexos en lo meramente biológico como si esto fuera un dato objetivo y neutral al cual se accede directa y naturalmente, sin mediación alguna.

Aquello que escapa a esta mirada es el principal debate epistemológico del siglo XX: datos versus teoría, o en términos antropológicos naturaleza versus cultura. Entonces no es que hay que entender a la teoría por separado de la realidad, sino en una dialéctica constante, donde el resultado es más bien construido que objetivado.

Por lo tanto pensar que la identidad femenina (todos los atributos que estereotipan a la mujer) se

corresponde de manera unilineal al sexo biológico es perder de vista la construcción social, histórica y cultural de las identidades.

En síntesis como lo sostiene Margaret Mead "los rasgos de la personalidad a los cuales los llamamos femeninos o masculinos no están determinados por el sexo biológico sino por la cultura"¹.

Por su parte Simone de Beauvoir en su libro *El segundo sexo* sostiene que "ser mujer no es una combinación cerrada o determinada por lo biológico, es una construcción cultural/histórica"².

Estas definiciones son necesarias pero hay que ver que no existe la pura mujer ni el puro hombre. No hay nada ni nadie que pueda decir qué es una mujer, sólo una construcción histórica definida de forma arbitraria.

Mediante un exhaustivo análisis de la obra literaria *Las troyanas* de Eurípides, en la adaptación de Jean Paúl Sartre, mostraré los diferentes roles asignados e impuestos a las mujeres, los cuales siempre las ubican mediante el discurso patriarcal, en el lugar de subordinación, desigualdad, opresión y esclavitud. También se destacan algunos pasajes en los que las mismas mujeres reproducen ese discurso impuesto, como algo propio, que se encuentra naturalizado.

Por más que la obra conserve su lenguaje poético y ceremonioso, se puede evidenciar claramente no sólo la supremacía del varón sobre las mujeres, si no que también existen desigualdades entre ellas, creando así un antagonismo.

Por un lado la buena, a quien se le asignan atributos de madre, esposa, protectora y reproductora, fiel, pura y casta, asociada a una imagen inmaculada y siempre virgen.

Por el otro está la mala mujer, la adúltera, infiel, bella, objeto del deseo, discordia y vista como el pretexto de la guerra entre dos pueblos.

En *Las troyanas* de Eurípides también se puede apreciar el grado de superioridad de los dioses por sobre las diosas, que si bien estas últimas tenían po-

1 MEAD M. *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*, Paídos, 2003.

2 De Beauvoir, S. *El segundo sexo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

deres, siempre están determinados por el consentimiento de los primeros.

En el caso de la diosa Palas Atenea, es definida por Poseidón como rencorosa, irracional, resentida, capaz de traicionar a sus mismos aliados por poco que se la ofenda, pasa del amor al odio caprichosamente. En la obra aparece textualmente: "Cuando eres cortés, Palas desconfió de ti"³.

En cuanto a los terrenales, el poder se manifiesta entre reyes y pueblos, el papel que encarnan las mujeres siempre es secundario, en el caso de *Las troyanas* después de la guerra son tomadas por los griegos no como *sujetas*, sino más bien como objetos, vistas como mercancía, esclavas, que serán repartidas para ser sus mujeres y sirvientas.

En 1949, año en que se publicó *El segundo sexo*, gran parte de las mujeres eran concebidas como sirvientas en el hogar, esclavas de la maternidad y objetos sexuales a disposición del deseo del hombre. Son otras mujeres, construidas en otra época; sería riesgoso establecer paralelismos, pero es importante subrayar que ciertas imágenes se aparecen como familiares. Roles impuestos a fuerza de armas y de mentiras disfrazadas por el discurso científico, que dejan de modo implícito la supremacía viril.

En la obra, los roles y las características que se les asignan a las mujeres van a estereotiparlas como buenas y como malas. En el caso del personaje que encarna a Helena es vista como la adúltera, infiel, ramera, la mala, la que tiene que ser castigada por desobediente y pagar la culpa con su vida.

Rita Segato en su estudio realizado sobre las muertas de Juárez sostiene que de acuerdo con este modelo el crimen de estupro resulta de un mandato que emana de la estructura de género y garantiza, en determinados casos, el triunfo que acredita el acceso de cada nuevo miembro a la cofradía viril. (...) No discuto que la misoginia, en el sentido estricto de desprecio a la mujer, sea generalizada en el ambiente donde los crímenes tienen lugar. Pero estoy convencida de que la víctima es el desecho

del proceso, una pieza descartable, y que condicionamientos y exigencias extremas para atravesar el umbral de la pertenencia al grupo de pares, se encuentran de tras del enigma de Juárez. Quienes dominan la escena son los otros hombres y no la víctima, cuyo papel es ser consumida para satisfacer la demanda del grupo de pares (...) Estas exigencias y formas de exhibicionismo son características del régimen patriarcal de un orden mafioso⁴.

Andrómaca y Hécuba, representan el estereotipo de buena mujer, la madre que amamanta y que protege a sus hijos, la sumisa, la virgen, pura y casta y sobre todo la obediente.

En la obra también aparece el tema de "la virginidad" como un dato esencial a la hora de construir ese estereotipo de buena mujer, que se intenta destacar como sinónimo de pureza, santa, inmaculada. En uno de los pasajes de la obra se presenta exacerbadamente, en el momento que el soldado griego Thaltibios anuncia a Hécuba que el rey de reyes Agamenón ha elegido a su hija como concubina, porque le atrae su virginidad sagrada de profetisa. Hécuba responde "sabes que pertenece al sol a él sólo y que el Dios de los cabellos de oro exige que permanezca virgen"⁵.

Es necesario recurrir a los datos de las culturas anteriores, de la prehistoria; a los escritos antiguos de griegos, romanos y hebreos, para comprender los pilares más primarios de la subordinación femenina; para ver de qué modo se ha establecido la jerarquía de los sexos.

Mucho antes de estar sometidas a los griegos, Hécuba y el séquito de mujeres estaban sometidas al poder troyano (el masculino).

Andrómaca, Hécuba y Casandra no lloran por el destino de sus vidas, sino por la pérdida de sus esposos. Lloran en honor a la vida de los hombres muertos, porque esas vidas valían más que las de ellas; porque fueron entregadas para salvar a Troya. Hécuba cree que el dolor de madre es tanto más fuerte que el de cualquier mujer y Andróma-

3 Eurípides: "Las Troyanas", adaptación de Jean-Paúl Sastre, traducción M. Martínez Serra, Editorial Losada, Buenos Aires.

4 SEGATO, R. "Territorio Soberanía y Crímenes de Segundo Estado: La Escritura en el Cuerpo de las Mujeres de Juárez". Disponible en: http://www.catolicas.com.ar/portal/index.php?option=com_content&task=blogcategory&id=13&Itemid=83

5 Eurípides: "Las Troyanas", adaptación de Jean-Paúl Sastre, traducción M. Martínez Serra, Editorial Losada, Buenos Aires.

na le recuerda que su dolor de esposa es sólo suyo. Madres, esposas, hijas. Roles que las han condenado siempre a una relación de dependencia con los hombres.

Andrómaca se define mujer: me dediqué a cumplir perfectamente mi papel de mujer y de madre, a nosotras, hagamos lo que hagamos, si nos encuentran fuera de nuestras casas damos ocasión a la maledicencia: por eso nunca salí de la mía, nunca he resonado dentro de sus paredes el vano charloteo femenino. Sabía ofrendar a mi Héctor, con los ojos tranquilos y mi presencia silenciosa, había aprendido a resistirle cuando era menester, cuando era necesario, sabía dejarme vencer. Mi honestidad surgía del fondo de mi corazón, y nunca quise otra guía que mi conciencia, no deseaba otra cosa que la dicha para él y para mi la fama de esposa perfecta⁶.

Otro elemento que la mujer reconoce al varón es la fuerza física "caiga toda la vergüenza sobre mí que no tengo fuerza para proteger a mi hijo"⁷, manifiesta Andrómaca en el momento en que iban a sacrificar a su primogénito.

La idea de que la mujer es objeto de pertenencia del hombre recorre toda la obra, uno de los momentos más concretos es cuando Menélaos va en busca de Helena y dice: "Entre nosotros hay malas lenguas que pretenden que he desencadenado esta matanza por causa de mi mujer, que la prendan por los cabellos y la traigan aquí arrastrando, por sus cabellos infames, manchados de caricias, la arrojáis a mis pies"⁸.

La belleza asociada a la mujer, como arma de poder para seducir, mostrándola frívola, vana, efímera, capaz de conseguir sus propósitos con tan solo una mirada.

¿Quieres matarla, te he oído bien? ¡Claro que sí!, ¡Pero no la mires! Quiero mirarla, hace diez años que no la he visto. Ha debido envejecer la orgullosa Helena. No ha envejecido y de sobra lo sabes, esas mujeres envejecen tarde y de un sólo golpe. Por sus bellos ojos de muerte, aún no han ter-

minado de matarse los hombres ni de arder las ciudades. Vete sin mirarla si tu deseo está hecho ceniza, ella lo volverá a encender. ¡Menélaos volverá a apoderarse de ti!⁹.

Es la advertencia que Hécuba la Reina de Troya hace a Menélaos.

La idea de que la mujer es propiedad del hombre se hace presente durante toda la trama y es reproducida por ellas constantemente como algo naturalizado, que no las permite cuestionarse, problematizar, ni repreguntarse cuál es el lugar que ocupan, asintiendo así la subordinación que les confiere el otro. "¿Hacia falta utilizar la violencia, ¡oh, rey esposo mío! para traerme a ti? (...) ¿Qué van a hacer de mí? Lo que yo quiera, el ejército me da a elegir, he elegido la muerte. Esta bien hágase según tu voluntad"¹⁰.

Simone de Beauvoir, en *El segundo sexo* arroja luz sobre el destierro:

Si echamos una ojeada de conjunto a esta historia, vemos que de ella se desprenden varias conclusiones: Y, en primer lugar, la siguiente: toda la historia de las mujeres la han hecho los hombres (...) Así también el problema de la mujer siempre ha sido un problema de hombres. Ya se ha visto por qué causas han tenido ellos, al principio, junto con la fuerza física, el prestigio moral; ellos han creado los valores, las costumbres, las religiones, y jamás las mujeres les han disputado ese imperio¹¹.

La escritora no hace más que analizar y sistematizar una verdad que se encontraba escondida: la verdad sobre la mujer es masculina. Vemos como desde la prehistoria hasta la actualidad, por más que resulte superficial una franja temporal tan grande, la mujer se conoce, se construye y es definida por los hombres. La historia de las mujeres la han escrito puños viriles.

Tradicionalmente, se emplearon argumentos extraídos de la naturaleza, de las religiones y de la prehistoria para justificar la subordinación femenina, los escritos de griegos, romanos y hebreos for-

6 Eurípides: "Las Troyanas", adaptación de Jean-Paúl Sastre, traducción M. Martínez Serra, Editorial Losada, Buenos Aires.

7 Eurípides: "Las Troyanas", adaptación de Jean-Paúl Sastre, traducción M. Martínez Serra, Editorial Losada, Buenos Aires.

8 Eurípides: "Las Troyanas", adaptación de Jean-Paúl Sastre, traducción M. Martínez Serra, Editorial Losada, Buenos Aires.

9 Eurípides: "Las Troyanas", adaptación de Jean-Paúl Sastre, traducción M. Martínez Serra, Editorial Losada, Buenos Aires.

10 Eurípides: "Las Troyanas", adaptación de Jean-Paúl Sastre, traducción M. Martínez Serra, Editorial Losada, Buenos Aires.

11 De Beauvoir, S. *El segundo sexo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

man la matriz de la cultura europea ulterior. Las imágenes que proporcionaban, los principios morales que destilaban, los valores que encarnaban, se transformaron en tradiciones heredadas por las mujeres europeas hasta el presente. El verdadero rango de las mujeres en los primeros tiempos de Grecia, Roma e Israel no ha perdurado, pero sí las imágenes y valores presentados por Homero, la ley Romana y la Biblia Hebrea.

Estos rasgos bien marcados también lo podemos apreciar en la Biblia, donde categoriza a la mujer de la misma manera, desde el génesis, hasta el Apocalipsis. Un ejemplo claro es cuando se narra en los primeros capítulos de la creación del mundo, cómo Dios creó primero al varón y después a la mujer, como Eva es producto de la costilla de Adán, una de las múltiples connotaciones e interpretaciones que se le puede dar a este hecho es cómo de una parte del cuerpo de él, se crea a ella y esto marca ese grado de pertenencia y apropiación del varón por sobre la mujer. Así también se muestra a Eva como la desobediente, por inducir a Adán a comer la manzana, fruto del árbol prohibido, motivo por el cual son arrojados por Dios del paraíso terrenal.

La experiencia de la Revolución Rusa de 1917 hace pensar que hubo alguna vez un Moscú con porvenir para la mujer. Imágenes de otro mundo posible, en el que dejarían de ser las otras.

Con el derrocamiento del dominio zarista y la toma del poder por los *soviets* —consejos obreros y campesinos— bajo la dirección bolchevique en octubre de 1917; se hizo urgente la necesidad de emancipar a la mujer, a la trabajadora. La Revolución procuró llevar a la mujer a la participación plena en la vida social, económica y política.

Para Simone de Beauvoir será la “Revolución Rusa la que realizará la emancipación de las trabajadoras”. Entre 1905 y 1917 las mujeres participaron de todas las huelgas políticas de masas y de las barricadas. Participaron de la insurrección de octubre y entre 1918 y 1920 representaron un impor-

tantísimo papel económico y hasta militar en la lucha de la URSS contra los invasores.

El artículo 122 de la Constitución de 1936 estipula que “En la URSS, la mujer goza de los mismos derechos que el hombre en todos los dominios de la vida económica, oficial, cultural. Pública y política”. Según De Beauvoir “estos principios han sido precisados por la Internacional Comunista, que reclama: “Igualdad social de la mujer y del hombre ante la ley y en la vida práctica. Radical transformación del derecho conyugal y del código de la familia. Reconocimiento de la maternidad como función social. Los cuidados y la educación de los niños y adolescentes correrán por cuenta de la sociedad. Lucha civilizadora organizada contra la ideología y las tradiciones que hacen de la mujer una esclava”.

En el dominio económico, en las conquistas de la mujer han sido deslumbrantes. Ha obtenido la igualdad de salarios con los trabajadores masculinos y ha participado intensamente en la producción; en virtud de todo ello, ha adquirido una considerable importancia política y social”¹².

La escritora reconoce que fiel a su tradición marxista, Lenin ha concedido la igualdad política y económica a la mujer, asociando su emancipación a la de los trabajadores. Según él, no habrá república democrática mientras la mujer se halle en una situación de inferioridad y humillación, porque esta situación atenta contra la democracia y precisamente contra los oprimidos. Lenin manifiesta que el poder soviético realizó la democracia más que ningún otro país, incluyendo a los más adelantados, al no dejar en sus leyes ni el menor vestigio de la desigualdad de la mujer. Destacando que ni un sólo Estado, ni una sola legislación democrática, hicieron por la mujer ni la mitad de lo que hizo el poder soviético ya en los primeros meses de su existencia.

Si bien debe reconocerse el lugar singular en el que se halla la mujer rusa en ese momento histórico, emancipada en la esfera pública pero estrechamente subordinada al Estado y a su rol en el hogar;

12 De Beauvoir, S. *El segundo sexo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

durante la Revolución Rusa y el gobierno *soviet* fue sin lugar a dudas, la experiencia donde la mujer alcanzó los grados más altos de emancipación y participación política.

Con el ascenso de Stalin al poder los retrocesos fueron feroces y la mujer parece haber retornado al destino de la subordinación.

La Revolución de 1917 ubicó a la mujer en el lugar de trascendencia que reclama Simone de Beauvoir; por primera vez la mujer encuentra la justificación de su existencia en la "expansión hacia un porvenir infinitamente abierto", en un perpetuo avance hacia la libertad. Y por un momento de la historia de la humanidad, las mujeres rusas soñaron ser libres.

Si nos detenemos a analizar cómo se generan los distintos discursos que imperan y circulan en nuestras sociedades, haciendo una mirada retrospectiva y realizando un proceso de deconstrucción en la historia, entenderemos cómo el discurso totalizador, machista y patriarcal deviene de épocas remotas, el cual se encuentra instaurado en nuestras sociedades y que hasta la actualidad determinan el rol que ocupa y desempeña la mujer en las sociedades contemporáneas. El mismo en varios casos es adoptado por ellas como algo natural y heredado y este discurso se reproduce de generación en generación, siguiendo la misma lógica, hasta llegar a nuestros días.

En el caso de las troyanas ellas legitimaban su lugar conferido por los hombres, mientras que en la Rusia revolucionaria de los *soviet*, las mujeres ya contaban con otras herramientas y lucharon por su liberación, pero aun en el devenir de la historia encontramos a una mujer que sigue atada a los mandatos sociales impuestos y contruidos por hombres, las cuales crean estereotipos que se encuentran amparadas en instituciones válidas del Estado como: la familia, la escuela y la iglesia. Relegándolas al ámbito privado del hogar y limitándolas de la participación pública, política, económica, social y cultural.